

Antropología verbal

■ ■ Juan Carlos Flores Mendoza*

Este no es un ensayo sobre lingüística, ni mucho menos, acerca de los usos del lenguaje en un contexto sociocultural. Mucho se ha escrito al respecto y sería inútil, y de una temeridad aburrida y desopilante, escribir, pretenciosamente, sobre aquello que a nadie, salvo unos pocos que viven como larvas dentro un cadáver en descomposición llamado la *academia*, le interesa. Así que, querido lector, aquí no hallarás elucubraciones edificantes que estimulen, a través de ampulosos y rimbombantes postulados, vuestra conciencia anémica carente del susurro de lo imaginario. Se trata, más bien, de señalar los nexos, las relaciones y los vínculos que existen entre el lenguaje y el cuerpo, esa suerte de matrimonio alquímico que obviamos, consciente o inconscientemente, en el acto comunicativo. De tal modo que mi interés se centra en develar, a través del lenguaje, ese milagro oculto en el que Dios no es más que un efluvio errante, esa magia imposible anterior a las cosas, esa potente invisibilidad que germina desde el cuerpo convirtiéndose en alegoría sonora, en musicalidad emergente, en reverbero que florece como una tenue y armoniosa tempestad.

El verbo no es una simple categoría gramatical cuya función radica en expresar la acción dentro de un enunciado, es algo más que eso, más que una unidad sintáctica dentro del vasto universo del lenguaje. No es una palabra que nace en la conciencia para ser proferida, tampoco la sustancia del pensamiento ni la materia prima de la razón, mucho menos un sonido galopante y escurridizo al que se le asigna un sentido referencial. El verbo es, en todo caso, la resultante de un binomio invisible, la prodigiosa conjugación

de lo anónimo que cobra vida cuando se nombra lo que permanece en estado de latencia. Desde esta perspectiva, la musicalidad que brota desde las diáfanas profundidades del ser, no es sino la expresión más acabada de lo carnal, de lo corpóreo, de lo epidérmico, la expresión última de esa región donde la sangre y el pensamiento cohabitan en el silencio de lo sagrado. Para percibir la potencia alquímica del verbo, hay que desarraigarlo de la corrosiva fangosidad del intelecto, *des-territorializarlo* de la tenebrosa opacidad de la razón, exhumarlo de la caverna inmunda de lo mental.

No se trata de reinventar el lenguaje, sino de enrarecerlo. Expresarnos no desde la trinchera del intelecto, sino desde la frontera perpendicular de los órganos; apelar a los ritmos, las cadencias, las armonías sutiles que, como una suerte de sinfonía perfecta, acontecen, enigmáticamente, debajo de la piel, en el corazón mismo de las profundidades del cuerpo. No hay que postular nuevas teorías sobre nada, sencillamente hay que plegarnos a su sabiduría, dejar que éste se manifieste mediante la palabra, que disperse su canto solitario sobre el horizonte incierto donde parpadea la vida. Sí, se me podrá objetar: “eso ya lo han postulado los *Whitman*, los *dadá*, los *Artaud*, los *Meyerhold*, los *Satanislavski*, los *Brook*, *Eugenio Barba* y compañía”, honestamente, me importa una mierda. Lo único que quiero dejar claro, es que tanta verbosidad, tanta cháchara de saltimbanqui, tanto chapoteo intelectual, han atrofiado las benditas potencialidades del cuerpo, los misteriosos senderos de la expresión humana; basta mirar en derredor: cuerpos abotagados, artificiales, enjutos, melancólicos, tumescentes, paralíticos, inflexibles, anoréxicos, desgarrados, cancerosos, entumecidos, quejumbrosos, corrompidos, sin frescura, sin brío, sin la suficiente vitalidad para moverse y emprender la aventura de lo *otro*. Si el cuerpo se encuentra en tal estado de decrepitud (como una ciudad sitiada después de un incesante bombardeo), imaginemos la condición, no menos oprobiosa y lamentable, de las palabras.

* Ciudad de México. Etnólogo, docente y escritor. En los últimos años se ha desempeñado en el ámbito de la docencia impartiendo asignaturas en el nivel medio superior (Filosofía, Historia, Psicología, Taller de lectura y redacción, Métodos de investigación, Introducción a las ciencias sociales y Ética). En el ámbito literario ha obtenido algunos reconocimientos, los más recientes: Cuarto lugar en el Primer Concurso de Relato Breve “Vila de Albuixech”, Valencia, España, 2021; y Mención honorífica en el Segundo Concurso Internacional de Cuentos de Corrección Perpetuum, Escuela de Escritores de Caracas, 2023.

Para aquellos que me preguntan sobre el papel de la escritura, lo único que puedo decir es lo siguiente: aquellos que escribimos debemos sujetarnos a las reglas del cuerpo, confiar en la temperatura de los músculos, guiarnos por la algarabía de las células, percibir la inagotable energía de los nervios, escuchar atentamente los imperceptibles diálogos de las vísceras, descifrar los sutiles misterios de la respiración, sentir el caudaloso fluir de la sangre recorriendo el laberinto animal que habita debajo de la piel y del que nada sabemos. No es imprescindible tomar partido por nada [*afiliarse a partidos, academias o sectas en cuyo seno infame habitan imbéciles rencorosos y lacayos sin talento tratando de ocultar sus vergonzosas y congénitas taras; creer en dogmas agonizantes y en ideales falsificados, convertirse en el gurú de la borregada ni en el mesías de los débiles, volverse un espartano ebrio, medio chamán/medio bodhisatva guerrero, combatiendo contra seres inanimados*], acaso, decantarse por lo que uno es, sin olvidar que el universo es como lava ardiente dentro de las entrañas.

De tal suerte que, sin menoscabo de la “utópica aspiración de la sociedad sin amos” (jamás la ha habido nunca, ni existirá siquiera) me inclino por la única libertad posible acá en la tierra: la de *uno mismo*; lo demás, es un jadeante balbuceo extraviado en el cosmos, un grito desconsolado a cien metros bajo tierra, una lágrima moribunda en medio de una mar embravecida. Lo que uno tiene que hacer es concentrarse en los murmullos del cuerpo y silenciar las clandestinas lubricidades de la conciencia; con/centrarse en los principios de la luz para posteriormente, con los ojos cerrados, diseminar las divinas blasfemias del verbo anterior al nomadismo del caos.

Quizás en un futuro las palabras no serán necesarias, las guardaremos en el desván donde olvidamos aquellas cosas que dejan de cautivarnos. Nos bastará, para entendernos, mover los brazos de manera aleatoria, guiñar los ojos como si fuésemos desarrapados muñecos de ventrílocuo, sacar la lengua imitando la graciosa irreverencia de los niños, sacudir frenéticamente la cabeza hacia ambos lados como en un ritual vudú, saltar tres veces sobre el pie izquierdo siguiendo la dirección del viento, golpearnos el pecho con los puños cerrados, tocarnos las nalgas con las puntas de los dedos, reírnos intermitentemente de forma exagerada tratando

de reír con el esqueleto, girar 360° sobre el mismo eje hasta lograr la perfección del trance; fruncir el ceño de manera grotesca imaginándonos en medio de un festín de antropófagos, danzar descalzos sobre la tierra fértil, lanzar espumarajos sobre el rostro del receptor; en definitiva, emplearemos el cuerpo como un vehículo de expresión inaudita, haremos de éste una gramática festiva conformada de infinitas interacciones en las que el movimiento será el *signo*, tal como ocurría en los albores de la civilización, cuando el lenguaje articulado aún no existía ni siquiera en estado embrionario; el mundo atestiguará el resurgimiento del cuerpo sin metáforas, el cuerpo ajeno a la tiranía de la domesticación. De esto se trata y no de otra cosa, de volver a la senda del silencio, de enmudecer los labios y darle voz a la loca sabiduría del cuerpo, de exorcizar la palabra (corrompida por la falsa omnipotencia de la lógica) en la cristalina fuente que bulle en nuestro interior.

La antropología verbal no es una vanguardia, no intenta erigirse en escuela de pensamiento ni mucho menos en una teoría sobre lenguaje; no es un análisis sobre pragmática, tampoco una doctrina contemporánea de etnolingüística. La antropología verbal es un MANIFIESTO que reivindica los poderes inexplorados del cuerpo como universo comunicativo; acaso una exaltada declaratoria, de una rabiosa honestidad, con cierto dejo de anarquía (heterodoxa e irreverente) que denuncia los déficits de la verbosidad contemporánea, los artificios de la sintaxis, los malabarismos formales, la decadencia y el alarmante deterioro (sin olvidar la abominable vulgarización del lenguaje) de las palabras. En este sentido, el propósito nuestro, es liberar al verbo de los tórridos latrocinios de la razón, salvaguardarlo de su ignominiosa rapacidad, restituirle su vibrante fulgor y su primigenia naturaleza poética. De antemano les advertimos, a aquellos que, por azar o por destino, nos llegaran a leer: NO BUSCAMOS FELIGRESES NI MILITANTES EMPEDERNIDOS, NO DESEAMOS CONGRACIARNOS CON NADIE. NO ASPIRAMOS A INSTITUIR SUBSIDIARIAS EVANESCENTES. Si alguno se sintiera tentado a emularnos, le recomendamos emprender su propia deflagración o, en el mejor de los casos, guardar silencio y continuar siendo cómplice del miserable espectáculo de vodevil en que se ha convertido el mundo.



“Nos bastará, para entendernos, mover los brazos de manera aleatoria, guiñar los ojos como si fuésemos desarrapados muñecos de ventrílocuo, sacar la lengua imitando la graciosa irreverencia de los niños, sacudir frenéticamente la cabeza hacia ambos lados como en un ritual vudú, saltar tres veces sobre el pie izquierdo siguiendo la dirección del viento, golpearnos el pecho con los puños cerrados, entre otras expresiones del lenguaje corporal” (imagen tomada de internet).